

con la excepción a medias del protagonista, movidos por ciegas fuerzas instintivas.

¿Hasta qué punto Ferraro refleja una realidad? ¿Corresponden esos hombres llenos de distorsiones a una verdad vital? ¿Ha captado el novelista la esencia de la vinculación humana —o de la desvinculación— en un medio socialmente agonizante y amorfo?

Hay exageración, sin duda; la exageración que requiere a menudo la síntesis artística y que se ve, con similar orientación temática, en Faulkner y, mejor, en Caldwell, de los cuales Ferraro revela tener claros influjos, así como de otros autores norteamericanos, sobre todo en lo que se refiere a la truculenta violencia de algunas escenas o al desgarrador episodio final.

De todas maneras, indicar influjos no significa señalar deméritos. Si algo adventicio pudiera haber en esta novela, admirable desde el punto de vista técnico, lo confirmarían las posteriores obras de Ferraro, aunque desde ya resultan indiscutibles el medular pesimismo que impregna sus páginas y la exacerbación consecuente de la sordidez y la brutalidad.

Yerko Moretíć

\*

*Misa de Réquiem*, por *Guillermo Blanco*.

Ediciones Alerce, 1960

En 1957, Guillermo Blanco publicó su primer libro, *Sólo un Hombre y el Mar*, decena de cuentos que, aparte de estar escritos con extraña sabiduría idiomática, revelan en su conjunto a un espíritu atormentado, a un espíritu, en especial, confundido frente a la realidad, anhelante y temeroso a la vez de encararla, de interpretarla e identificarse con ella.

La mayoría de esos relatos concreta tal problema esencial en la narración de pesadillas aterradoras, de angustiados razonamientos, de alteraciones neuróticas y demenciales y, particularmente, de la opresiva parálisis síquica de un ser humano débil ante un peligro físico mortal.

Esta última manera de proyectar la penosa contradicción realidad-escritor adquiere especial fuerza en el cuento *La Espera*, donde una mujer se ve sola y desvalida ante un bandolero que, por venganza, va a darle muerte o a ultrajarla. Blanco emplea la técnica del suspenso, no tanto para conferir relieve a la anécdota, que lo tiene —¡y en qué grado!—, como para lograr toda la intensidad posible del dramático conflicto entre el individuo y su mundo circundante.

Ese mismo conflicto, un asunto similar y la misma técnica reaparecen en *Misa de Réquiem*. Sin embargo, el escritor da la impresión de encontrarse ahora en una etapa de análisis más hondo o, si se quiere, de ojos más abiertos y decididos contra el peligro exterior y contra los temores internos. Dicho de otra manera, hay en esta notable “nouvelle” una extraversion más clara y valerosa, una objetivación más completa de tan complicado y herido mundo síquico. Si el personaje central recuerda los años de su pubertad, dice Guillermo Blanco: “La vida constituía un espectáculo, en el que jamás se sintió con el deber, o siquiera con el derecho de intervenir. La vida era lo ajeno, lo prohibido poco menos, y apenas le estaba concedido observarla pasar desde la orilla.” Más adelante agrega: “Su vida había tenido siempre una tonalidad de fuga. No de la fuga desbocada, jadeante, sino de este dar vuelta la espalda, este cerrarse a los peligros, este escabullirse quieta, inexpresivamente, frente a la realidad. Sin pronunciarse. Sin decir su palabra de hombre al mundo.”

Los inefables ensueños, los grandes ideales o las fervorosas ilusiones chocan muchas veces contra el seco prosaísmo de las mil pequeñas necesidades y obligaciones diarias, contra la mezquindad de un devenir opaco, que inclusive parece complacerse en humillar a cada rato tales ensueños, tales ideales e ilusiones. Ese choque engendra en las sensibilidades exacerbadas un deseo semejante de evasión, de fuga.

Es lo que le ocurre precisamente al protagonista de Guillermo Blanco. Se trata de un joven sacerdote que, mientras oficia misa, aguarda, transido de miedo, el instante en que un bandido, mezclado a los feligreses, lo matará como mató a su padre y a sus hermanos, completando así una cruel venganza.

Entre latines y latines, el sacerdote rememora el doloroso pasado que hoy se hace presente. De pronto, el temor le hace creer que sus trémulas palabras han hecho desistir al bandido. Su esperanza es vana, el bandido —lo comprende— quiere ultimarle en la sacristía. No

puede retroceder, no quiere ya retroceder. Lo enfrentará. Enfrentará, por fin, a la vida.

Lo que impresiona en este escritor es la profunda autenticidad de sus encontradas orientaciones afectivas y conceptuales y los denodados esfuerzos que realiza en torno a entenderlas, a jerarquizarlas y, sobre todo, en torno a convertirlas en una concepción coherente y satisfactoria de esta vida que tanto lo desconcierta y angustia. Nadie puede decir, ni siquiera él mismo, a dónde irá a parar semejante proceso, pero no puede negarse que en sus zozobradas alternativas se sustenta un escritor joven de gran calidad y en pleno desarrollo.

*Yerko Moretić*

\*

*Sangre de Murciélago*, novela de Juan Godoy.

Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1959

Maduro ya, la obra literaria de Juan Godoy, chillanejo, no es frondosa. Tres novelas y un libro de cuentos. Y los cuatro, en general, breves. Su honestidad estilística, su aguda inteligencia, inteligencia extraordinaria; su fraternidad sin segundo y su apetito vital de existencia, que se prodiga a destajo en las esquinas, calles y bares de Santiago, no se prestan, ni se prestarán, para la acumulación de nombres en su ficha bibliográfica. Gran suerte para el país y su literatura. De lo bueno, poco y, si breve, mejor. En Godoy se dan dos tipos de novelista: el que escribe y el que vive. No sé cuál de ambos es más valioso. Si Chile contara con un escritor de vuelo atrevido, de vuelo psicológico, que tomara en sus manos la tarea de escribir la novela del drama de la inteligencia chilena, del choque violento entre lo nacional y lo universal; de las luchas entre los valores supremos del espíritu y el llamado profundo de la tierra; entre lo intuitivo y lo racional; de la aspiración hacia las formas luminosas del raciocinio y de la embriaguez epidérmica de lo cotidiano y obscuro, tendría que elevar a Juan Godoy a la categoría de símbolo. Godoy es la audaz aventura mental de Chile, su ilusión y su fracaso; la vela desplegada de la esperanza, en los cánones de Apolo, y la catástrofe rompiéndose en la costa, en la flauta de Dionisios. Todo esto se encuentra en sus libros y en su vida. Sólo